

Nueva Antropología 83

El poder de la etnografía

salto mortal hacia atrás, disfrazado de sabiduría y creatividad: volver a ser brazos institucionales de gobiernos y empresas, no para atender problemas sociales, sino para servir de *palabra prestigiosa* en el convencimiento de que lo que se decide *desde arriba* es lo que mejor conviene a los actores sociales.

Me parece que Victoria Novelo pertenece a ese "momento" privilegiado en el que la antropología se pensó en mediadora de *abajo* hacia *arriba*, y no como ahora, de *arriba* hacia *abajo*. Puede que yo esté equivocado, pero la serie *Antropovisiones* eso muestra: es Eduardo Menéndez afirmando que el alcoholismo es algo con lo cual se debe vivir y regular socialmente; es Ricardo Pérez Montfort argumentando cómo lo "típico" es una construcción del nacionalismo mexicano, ideología hegemónica que todo lo uniforma; es Felipe Vázquez comentando que la etapa más larga de la vida (la vejez) es la más descuidada por las instituciones; es Jan de Vos insistiendo que la Lacandona concita un conjunto de contradicciones y expresiones culturales y políticas que no son reducibles a las políticas oficiales de los gobiernos estatales; es Carlota Duarte mostrando que la revaloración de la cultura indígena no solamente pasa por su reconocimiento o por su instrucción sino por la transferencia de medios que supone el uso de una cámara fotográfica. En ninguno de los contenidos se habla desde las instituciones, es más, lo que es claro es *su ausencia*, como en el documental *Trabajo de campo en tiempos violentos*.

Es difícil concebir que en un trabajo de 12 años esta perspectiva implícita de la serie *Antropovisiones* sea un descuido o un error. Creo, por el contrario, que es la expresión consciente de una antropóloga que si bien no podía adivinar el camino por el que optaría la política oficial con respecto a la antropología, estaba felizmente consciente de aceptar "el encargo" social que se le hacía a su disciplina, y lo hizo como lo hace un artesano: con paciencia, saber, oficio e intuición. Ojalá que esta serie tenga toda la difusión que merece, y Victoria Novelo se anime a producir y dirigir los cuatro documentales que faltan para cumplir con el proyecto original de la serie. Asimismo, espero que las puertas de la antropología no se cierren al uso de nuevos lenguajes para difundir su quehacer, y ojalá que esa puerta se siga abriendo de abajo hacia arriba, y no sola y únicamente de arriba hacia abajo.

Espero, pienso, que con series como ésta los nuevos antropólogos, sobre todo los antropólogos en ciernes, puedan encontrar el arsenal para liberar una nueva batalla dentro de sus campos, y que en esta batalla no se olviden que se trata de reflexionar sobre el mundo, no hacer imágenes del mundo.

Claudia C. Zamorano Villarreal, *Vivienda mínima obrera en el México posrevolucionario: apropiaciones de una utopía urbana (1932-2004)*, México, CIESAS (Publicaciones de la Casa Chata), 2013.

José Antonio Ramírez Hernández

Claudia Zamorano es profesora investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, D.F.

Obtuvo su doctorado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, en París. Su trabajo de investigación se enfoca en el espacio urbano, la vivienda y la familia, a partir de la antropología urbana.

El libro reseñado es resultado de 10 años de investigación y en 2014 fue distinguido con el premio a la mejor investigación en antropología social "Fray Bernardino de Sahagún" del Instituto Nacional de Antropología e Historia. A partir de una perspectiva que traza distintas escalas de estudio, desde el cuerpo humano hasta lo global, el objetivo del libro es investigar los procesos urbanos que dieron origen y forma a la colonia Michoacana, ubicada al oriente de la ciudad de México. Con esta finalidad se presentan varios temas que estructuran el objeto de estudio: la arquitectura funcionalista en México y la planificación integral, los primeros proyectos estatales de vivienda para trabajadores, su edificación como utopía urbana en los inicios del siglo XX y, finalmente, la producción social del espacio urbano y sus diferentes procesos de apropiación.

El estudio es pertinente en cuanto no se ciñe a la colonia Michoacana. La autora realiza una serie de recortes espaciales que vinculan procesos socioculturales con la historia, la materialidad (arquitectura), la construcción de la ciudad y sus agentes. Se enfoca en tres amplias esferas: la arquitectura mexicana funcionalista, la implicación de agentes políticos y la apropiación simbólica y material realizado por los beneficiarios del proyecto urbano, incluidos la vivienda y el entorno urbano.

Zamorano empieza con la construcción del objeto de estudio. Señala que eligió la colonia Michoacana por motivos personales, pues ahí vivió sus primeros años de existencia. Sus ideas iniciales trataban de entretejer la vivienda y la familia en sectores populares; historias de vida y modificaciones en las casas y, por último, la confección de una arqueología de la vivienda.

Al realizar trabajo de campo y archivo redefinió la investigación, por considerar los siguientes aspectos sobre la colonia en cuestión: *a)* fue asignada a la clase media, *b)* su centro escolar fungió como prototipo de la educación socialista, *c)* contenía expresiones artísticas sobre la ciudad y la Revolución mexicana y *d)* era parte de un proyecto integral (vivienda y espacio urbano). Esto permitió pensar la colonia Michoacana como un proyecto urbanístico integral de ciudad moderna que atendía al proceso de industrialización, incluía la planificación urbana y la creación de una política de vivienda por parte del Estado.

Tres preguntas guían la investigación: "¿cómo se produce el espacio urbano?, ¿cómo se transforma? y ¿qué factores y actores intervienen?" Para responderlas, la autora se centra en el Estado, los consumidores y los productores de dicho espacio, retomando a Henri Lefebvre, quien en *La producción del espacio* (París, Anthropos, 1991) concibe este proceso a partir de una tríada de dimensiones que intervienen en la producción del espacio: *la representación* (espacio concebido y conceptual), donde lo creado es producto de planificadores, urbanistas, tecnócratas; *el imaginario*

(el espacio de los habitantes), compuesto por un sistema de signos producidos, designados y ordenados, y *la práctica,* donde el espacio es producido y reproducido por los usuarios.

Su metodología incluye la interacción de viviendas y familias, indagando los procesos de adaptación, apropiación e interpretación de la arquitectura moderna del siglo XX. Mediante 71 entrevistas obtiene historias de vida, de las casas y la colonia; transformaciones y apropiaciones de espacios urbanos; eventos de sociabilidad y vida cotidiana. Sus fuentes incluyeron archivos históricos de la ciudad de México, documentos hemerográficos (revistas, folletos, tendencias urbanistas y arquitectónicas); datos censales (1930-2000); fotografías aéreas históricas de la zona, álbumes fotográficos de familias entrevistadas, y una carpeta fotográfica creada por ella misma.

La estructura del libro —además de introducción y conclusiones generales— se integra por tres partes, con dos capítulos cada una. La primera trata sobre los arquitectos radicales y el funcionalismo internacional que fue importado, interpretado y apropiado por los arquitectos mexicanos. La segunda identifica a los actores políticos de la Revolución, denotando el surgimiento de la vivienda como problema social y el nacimiento de la planificación como paradigma del desarrollo urbano. La tercera analiza la apropiación de los beneficiarios desde una dimensión material (cambios materiales), económica (instalación de comercios, negocios) y cultural: transformaciones en la cocina (adaptación a cultura material y prácticas corporales: *hábitus*), así como modificaciones en las fachadas que revelan, sobre todo, el imaginario del miedo.

En el primer capítulo construye su objeto de estudio. Expone la elección del lugar de estudio, así como el inicio y redefinición de su investigación. Explica la manera en que la arquitectura y la antropología se vinculan, lo cual permite plantear las tres preguntas de investigación iniciales apoyadas en el concepto de producción del espacio de Henri Lefebvre (1991).

En el capítulo dos (inicio de la primera parte) explica cómo, a partir de la modernidad de inicios del siglo XX, se alistan transformaciones en el mundo en las que la arquitectura y el urbanismo no fueron la excepción. Surgirá el estilo funcionalista, que derivó en varias escuelas, entre ellas la Bauhaus. Zamorano considera el funcionalismo como un caleidoscopio de la modernidad que fue interpretado por los agentes que lo apoyaron o rechazaron según sus intereses estéticos, políticos y financieros. La Bauhaus hizo sus propias interpretaciones.

En el capítulo tres expone las similitudes entre la escuela funcionalista internacional y la practicada en México. Zamorano argumenta que las influencias en México procedían de ideas de Le Corbusier y de los congresos internacionales de arquitectura moderna; estaban impregnadas de las contradicciones políticas que imperaban en el país después de la Revolución. Así, junto con el funcionalismo, los arquitectos importaron también contradicciones, disputas ideológicas e intereses políticos y materiales. Entre

1920 y 1940 ocurrieron cambios en la arquitectura mexicana; la escuela academicista del Porfiriato enfrentó oposiciones, tanto en lo estético como en lo social. Juan Legarreta fue un arquitecto mexicano que trató de resolver el problema de la vivienda de los trabajadores, junto con otros colegas, como Juan O'Gorman, Álvaro Aburto, Enrique Yáñez, Justino Fernández y Carlos Tardati. En 1932 Legarreta ganó el concurso de Vivienda Mínima Obrera, que unos años después permitió la construcción de la colonia Michoacana.

En el capítulo cuatro (inicio de la segunda parte) la autora delimita el conflicto entre Estado, patrones, organizaciones populares, casatenientes y terratenientes en torno a la vivienda obrera, que empieza a definirse como un problema social. Con el funcionalismo como respuesta, se analiza el papel de la planificación urbana como discurso dominante. La vivienda obrera se construye como un problema que debe resolver el Estado.

En el capítulo cinco se expone la idea de la utopía como una organización política susceptible de ser asentada en un lugar. Zamorano interpreta el trabajo de los arquitectos funcionalistas radicales como una utopía, en tanto que era un intento de brindar a la clase trabajadora la seguridad que representa la vivienda. Sin embargo, considera lo sucedido en la colonia Michoacana como una utopía interrumpida o truncada: el proyecto benefició en última instancia a una clase media en crecimiento; no se construyeron todas las viviendas proyectadas; también estuvieron presentes los dividendos que dejó la industria del cemento, en auge en aquel tiempo y finalmente el proyecto se abandonó.

En el capítulo seis (inicio de la tercera parte) la autora se enfoca a las necesidades familiares que llevaron a modificar las viviendas originarias, donde el arquitecto funge como agente civilizador. Zamorano analiza la dimensión material, económica, cultural y simbólica de la apropiación de las viviendas por parte de los usuarios. La cocina revela aspectos culturales de sus habitantes, no sólo por sus modificaciones físicas, sino de la manera en que se hace uso de este espacio, haciendo confluir tecnología, prácticas corporales y cultura.

En el capítulo siete se presentan los cambios materiales en la colonia, en el barrio, considerando a los arquitectos como agentes políticos y usuarios. En el paisaje de la colonia rastrea modificaciones y creación de símbolos, códigos e imaginarios. Las fachadas de las casas permiten leer estos procesos, al ser transformadas principalmente por los imaginarios del miedo de los habitantes, quienes protegen sus casas y colocan grandes rejas en la calle para impedir el paso de extraños. Esto hace que logren la identificación y rechazo del "otro", así como una aparente solidaridad entre vecinos. Se identifican dos tiempos: en el pasado la seguridad se integra a la arquitectura y los habitantes marcan fronteras simbólicas; en el presente identifican "al otro" para excluirlo y fortificarse con rejas.

A decir de Lefebvre —retomado por Zamorano—, la modificación de la ciudad mantiene diferencias entre los

modos de producción, los espacios construidos y los códigos establecidos. Después de la Revolución, la agenda de los políticos contenía códigos que no coincidieron con los de los vecinos. Un ejemplo es el monumento a la Madre Petrolera, que muestra los códigos que el Estado deseaba imponer a los habitantes del lugar, pero la destrucción y descuido para la obra fue la respuesta de los vecinos ante el símbolo impuesto. La autora concluye que construir el espacio habitable es muy complejo para dejarlo sólo en manos de arquitectos; asimismo, argumenta que no todo acto de apropiación y simbolización es un acto de resistencia.

Definitivamente, la metodología permite responder a la problemática de la investigación. Zamorano muestra cómo, a partir de Lefebvre, se puede hablar de producción del espacio desde la historia, desde una geografía particular que posee una historia espacial donde convergen infinidad de agentes sociales y políticos. Vale esto para hablar de la manera de obtener información cuando no se limita sólo a la etnografía que, dicho sea de paso, tiene su complejidad. La autora sale de ella, acude a los archivos históricos y utiliza fotografías aéreas para revelarnos las limitaciones de la memoria como única fuente de conocimiento.

El manejo de escalas, que van de lo global al cuerpo, es un tema fascinante para los estudiosos de las ciudades y el espacio urbano. Una escala surge de diversas perspectivas espaciales, donde el regreso a la formación dimensional es un intenso diálogo de lo local a lo global (David Harvey, "From Space to Place and Back again", en *Justice, Nature and the Geography Difference*, Reino Unido, Blackwell. 1996). Sin embargo, en este libro la parte global se queda en la propuesta de la Bauhaus, concentrándose posteriormente en la política nacional, de manera que puede hacerse la pregunta, ¿qué pasó con otros procesos internacionales que pudieron influir en la construcción de la colonia Michoacana?

Vivienda mínima obrera en el México posrevolucionario es una investigación novedosa, un estudio completo sobre la producción de los espacios urbanos como resultado de la interacción —un diálogo entrecortado— entre planificadores, urbanistas, artistas y tecnócratas con los habitantes del espacio urbano de un momento histórico específico.

Fernando Barrientos del Monte, *Buscando una identidad. Breve historia de la ciencia política en América Latina*, México, Fontamara/Universidad de Guanajuato, 2014.

Joel Trujillo Pérez

Las ciencias sociales, como campo de conocimiento específico, se han desarrollado de manera desigual. Esto es más claro cuando nos encontramos insertos dentro de alguna de las disciplinas que abarca, sobre todo si se piensa que cada una puede coadyuvar a resolver problemas reales y cotidianos de la vida en sociedad. Probablemente esto ya se ha señalado para el caso de la antropología que, desde sus inicios y profesionalización en México, a principios del siglo pa-